

SUPLEMENTO INFANTIL DE EL BIEN PÚBLICO

Mañón, 2 de Julio de 1925

LO QUE FALTA POR EXPLORAR

En una estadística recientemente publicada se calcula en trece millones de kilómetros cuadrados la parte desconocida de nuestro planeta, pues éste, aunque pequeñísimo comparado con el Universo, no está aún del todo conocido.

Existen numerosas e inmensas regiones en las que el hombre civilizado no ha puesto sus pies. De la octava parte en que puede calcularse lo inexplorado de la Tierra, puede calcularse en trescientos y pico mil kilómetros cuadrados los correspondientes a las tierras polares. Las que de día en día van siendo más conocidas, pues son varios los hombres de ciencia que se han arriesgado y arriesgan en el estudio de esas comarcas, y facilitan datos que permiten ir completando los mapas, bien deficientes por cierto, que de esas tierras se poseen.

Desde Marco Polo, célebre viajero veneciano que fué el primero en darnos a conocer noticias de la tierra del Asia, que recorrió en los años 1253 a 1322, hasta nuestro siglo, tan pródigo en exploradores como André, que intentó descubrir el Polo Norte en globo esférico; Anderssen, Livington, Cook, Peary, Amundsen, Shackleton y otros, sin olvidar al fantástico Roosevelt, son muchos los que se han dedicado a la ingrata tarea de darnos a conocer tierras nuevas.

La mayoría de ellos han puesto especial cuidado en explorar ambas zonas glaciales, dejando de lado la fructífera región tropical.

Grandes son las extensiones de terreno, todavía desconocidas, en la parte Norte de la América meridional; varias son las expediciones organizadas durante estos últimos tiempos, guiadas la mayoría, más que por amor a la ciencia, incitados por el afán de descubrir nuevas riquezas; mas los insuperables obstáculos con que tropezaron, el peligro de los animales dañinos que pueblan aquellas regiones y las fiebres, han hecho que fracasaran la mayoría de ellas.

Ultimamente, el yanqui Roosevelt, decidido cazador, se internó en tierras del Brasil, donde dice haber descubierto un caudaloso río.

La Península Arábiga está inexplorada en casi toda su extensión; es suficiente mirar un mapa para ver que solamente es conocida la parte de la costa donde existen algunas colonias europeas, como Aden y Djedadah, y alguna que otra población, siendo Mascate la única de relativa importancia.

De los sultanatos que la forman han tenido que hablar la prensa en más de una ocasión, recientemente, por las insurrecciones del Semen, que, como el resto, está bajo la soberanía nominal del sultán de Turquía.

Del Desierto de Sahara solamente son conocidas sus rutas principales y algunos oasis. Los franceses, bajo cuya soberanía se encuentra esta inmensa región, trabajan continuamente en explorarlo, pero la gran extensión que ocupa

y las dificultades sin fin con que tropiezan, hacen que todavía estén en los principios, pues ni sus límites están fijados con exactitud. Son muchas las opiniones encontradas y las controversias que sobre este desierto ha habido, pues mientras la mayoría lo creen estéril, no faltan viajeros que dicen que haciendo llegar las aguas marinas ante él, podrían transformarlo por completo, haciéndole fecundo y productivo.

El África ecuatorial, el mismo Congo, ofrece también ancho campo a la exploración; en general, todo el África central lo podemos concebir como desconocido; el comercio de estas regiones está limitado a una faja de terreno costero.

También en Asia falta mucho por conocer: la región del Himalaya, el Tibet en particular, país en extremo montañoso y fanático cuyo jefe, el gran Lama, fué destituido en 1904 cuando los ingleses, tras grandísimas penalidades, lograron apoderarse de la capital Lasha.

La parte central de la Australia, formada por un gran desierto, tampoco está del todo civilizada.

La parte más poblada de esta gran isla, que muchos elevan a la categoría de continente con el nombre de novísimo, es la oriental, muy rica en yacimientos de oro y minas de cobre.

En general, de Oceanía no se conoce más que sus islas principales, y aún éstas no del todo; el ejemplo lo tenemos en Nueva Guinea, perteneciente a naciones tan ricas e importantes como Alemania, Inglaterra y Holanda, cuyas colonias están separadas por límites geográficos, y si esto sucede con las importantes por su extensión, no es aventurado decir que de las pequeñas, de que está formado en su inmensa mayoría Oceanía, sólo se conoce su situación geográfica.

N. N.

Consideraciones generales sobre educación física

La educación física tiene por objeto perfeccionar la máquina humana por medio de la práctica de ejercicios corporales metódicos.

Cuando es bien dirigida, favorece el desarrollo natural del niño, acrecentando sus energías físicas y, por consecuencia, sus facultades intelectuales y morales.

Aumenta, pues, el valor individual y, por lo tanto, el social, por lo mismo que el valor de una suma depende del de los sumandos.

Consideraremos los ejercicios gimnásticos en dos grandes grupos: ejercicios de desarrollo y ejercicios de aplicación.

Los primeros tienen por objeto el perfeccionamiento físico, esto es, la belleza corporal que con ese perfeccionamiento puede lograrse, esta siendo un equilibrio saludable entre la actividad física y la intelectual.

Los segundos están sintetizados en

los deportes y en los juegos, según las aptitudes y aptitudes de cada individuo. La enseñanza de los primeros debe ser individual, y la de los segundos colectiva, pero aquéllos pueden hacerse colectivamente cuando cada uno concibe en particular el movimiento que ha de ser ejecutado en conjunto.

Las correcciones deben hacerse procurando no cansar a los que estén en una postura violenta. Por eso, para corregir, debe deshacerse el movimiento y quedar los gimnastas en la posición de listos mientras dura la explicación del alumno. Terminado un movimiento, y cuando el instructor crea que está comprendido por todos, después de las explicaciones y correcciones que haya necesitado emplear, mandará descanso, en cuya posición no estarán más de un minuto durante la lección.

La lección de gimnasia debe durar media hora para los muchachos de diez a doce años; cuarenta minutos para los de doce a catorce, y cincuenta minutos para los mayores de catorce años.

Las lecciones deben ser diarias, y en ellas se procurará, ante todo, amenidad en la explicación, sin perder de vista que ésta debe ser concisa y clara, empleando un lenguaje sencillo, familiar.

La gimnasia de aplicación enseña a utilizar las fuerzas adquiridas. Los juegos y los deportes dan rienda suelta a la iniciativa individual hasta donde lo consienten los reglamentos y los preceptos higiénicos. Desarrollan el espíritu de solidaridad y de disciplina voluntaria.

El miedo de los animales

Penómenos curiosos

Todos los animales salvajes que conocen al hombre, le temen. Por fuerte y feroz que la bestia sea, el olor del hombre parece serle insuperable. Diríase que la Naturaleza, sabiendo que el hombre es el enemigo más cruel de sus criaturas silvestres, le ha dado un olor especial que ninguna de éstas puede confundir, un olor tan fuerte, aunque nosotros no lo conozcamos, que el rinoceronte puede percibirlo desde un kilómetro de distancia, y el lobo lo descubre en la trampa de acero que han tocado las manos del cazador a poco que éste se descuide en frotarla con otras sustancias olorosas.

Muchos animales, el zorro entre ellos, demuestran ya desde su primera edad un terror instintivo hacia el hombre; cuando huelen su paso o descubren su huella, se les ponen los pelos de punta como si comprendiesen que anda cerca su mayor enemigo. Lo general, sin embargo, es que los animales no temen al hombre mientras no conocen su poder. En aquellos puntos de África poco frecuentados por los cazadores, el león se está quieto o se retira poco a poco si comprende que el hombre le ha visto; pero si él ve al hombre y cree no ser observado, huye a todo escape. En este hecho hay una especie de dignidad mez-

clada con el instinto de conservación. Solamente de noche se muestra el león valiente, y entonces es porque sabe que todas las ventajas están de su parte. Algo parecido ocurre con el cocodrilo y el hipopótamo, ambos excesivamente tímidos en tierra, pero muy temibles en el agua.

Como la mayor parte de las fieras, los tigres y los leopardos huyen del hombre siempre que ven oportunidad para ello. Acorralados, unos y otros son igualmente peligrosos; pero acaso la ferocidad de sus ataques es una consecuencia del mismo miedo, como también esos soldados inexpertos que matan para que no les maten a ellos. Uno de los ejemplos más curiosos de los efectos del miedo en un animal, es el que ofrece un sapo o una rana a punto de ser víctima de una serpiente. El ofidio, balanceando ligeramente la cabeza, mira sucesar a su futura presa, que permanece largo rato inmóvil, como paralizada.

Probablemente lo que el vulgo cree efecto de la fascinación no es más que miedo. Un ejemplo análogo ofrece un conejo sorprendido por la gata o la comadreja. Si se coge en aquel momento al infeliz roedor, se le encuentra con los ojos cerrados, el corazón palpitando violentamente y las patas paralizadas; tienen que pasar muchos minutos antes que el conejo recobre su habitual viveza.

Fácil es que la Naturaleza, siempre previsora, se valga de este medio para amortiguar los sufrimientos que estos animalejos deben experimentar al ser devorados por su enemigo.

Una de las causas más poderosas del miedo en los animales, es el fuego. Un incendio en una selva o en una pradera hace huir a todos los animales que en ella viven. Si el fuego es de esos estruendosos, que se propagan con la rapidez del relámpago, las bestias de toda especie corren locas de terror; el león y el antílope, la cebra y la pantera, enemigos naturales en circunstancias ordinarias, todos huyen juntos del enemigo común. Sin embargo, entre el hombre y el fuego, muchos animales prefieren desafiar al segundo. El naturalista Hudson, que hizo interesantes observaciones sobre la fauna sudamericana, cuenta el caso de un yaguar perseguido por unos cuantos gauchos en las pampas del Paraguay y refugiado en una mancha de juncos secos. Los gauchos pegaron fuego al juncal esperando así hacer salir a la fiera; pero ésta prefirió morir ahicharrada antes que combatir con el hombre y entre las llamas y el humo que la envolvían, se vieron largo rato brillar sus ojos llenos de fiera.

Hay animales que se asustan de las cosas más extrañas e insignificantes. El ratón por ejemplo, del que se ha contado que hace temblar al elefante, produce a los leones, por lo menos, el mismo efecto que a las mujeres nerviosas. En estas columnas hemos referido ya el ridículo espectáculo a que dió lugar el león del domador Phyladelphia, solo que un ratón le había saltado a la cabeza. En la menagerie de Sanger, grande de los leones vió un d-

412
001-
cabe-
de
el má-
div
a en HBB

rincón de la jaula un ratoncillo que tranquilamente se atusaba el bigote, verlo la fiera y empezar a rugir dolorosamente y a empujar los barrotes de la jaula como si quisiera escapar entre ellos fué todo uno.

Es curioso que la mayor parte de los animales adoptan la misma táctica cuando les acosa el miedo. La agachadiza, la liebre, el conejo y el gamo, sin contar otros muchos seres que habitan nuestros montes y nuestras llanuras, huyen siempre haciendo esos. Perseguida por los galgos, la liebre salta continuamente a uno y otro lado, con tal rapidez, que siempre les cuesta a los perros algún trabajo el alcanzarla.

Los animales domésticos, que naturalmente pierden muchas de sus costumbres salvajes, cambian sobre todo en lo que se refiere al miedo. Un caballo, por ejemplo, se asusta de cosas que los caballos salvajes contemplarían sin el menor temor. Los perros demuestran también miedo a cosas verdaderamente ridículas; el simple acto de inclinarse un hombre como para coger una piedra, les hace correr, y no hay nada tan chistoso como un perro fuerte y vigoroso huyendo con el rabo entre piernitas a la simple vista de un gato con el lomo erizado. Los gatos, por supuesto, son también muy miedosos; cualquier cosa desconocida basta para alarmarlos, y entonces, saltando en tres patas, con el pelo erizado y el rabo convertido en limpia-tubos, nuestro cazador de ratones ofrece la imagen más acabada del miedo.

El legado de un padre

Un padre, próximo a la muerte, reunió junto a su lecho a sus tres hijos, y les dijo: al uno, un gallo; al otro, una guadaña, y al menor, un gato.

—Soy viejo—les dijo—, y antes de morir debo asegurar vuestra existencia. No os dejo dinero; pero aunque os parezcan de poco valor las cosas que os doy, eso depende del uso que hagáis de ellas. Buscad cada uno de vosotros el país en que sea desconocido el objeto que os dejo y seréis ricos.

El padre murió, y al poco tiempo el mayor de los hijos se puso en camino con su gallo. En todas partes era conocido el gallo pero andando, andando, llegó a una isla donde no se conocía.

Al día siguiente, aprovechando esta circunstancia, el experto joven reunió en el campo a los habitantes de la isla, y les dijo:

—Mirad, señores, que hermoso animal. Tiene una corona de coral en la cabeza, y lleva espuelas como los caballeros. Por la noche canta a tres horas fijas; también cuando va a salir el Sol. Si en medio del día lanza su *qui qui ri qui*, no dudéis que va a cambiar el tiempo. De manera que con este animalito tenéis reloj y un vigilante que os avisa las variaciones atmosféricas.

Entusiasmados, preguntaron los sencillos paisanos si vendía el hermoso animal, y cuanto quería por él.

—Deseo todo el oro que pueda llevar un asno en una carga—les contestó.

Le dijeron que tal precio era una bagatela para un animal tan maravilloso; y como allí abundaba el oro por todas partes, y hasta estaba tirado como un objeto sin valor, entregaron al mancebo lo que pidió, volviéndose tan contento a su pueblo.

Cuando los dos hermanos menores vieron volver ricos al mayor, se llenaron de envidia y entonces el segundo resolvió ir, para ver si le valía algo su

vi.
de a
vió p.
guadañ.

Acordándose de que su her-

mano le habló de la isla en que tan rico se hizo, pasó a otra inmediata, donde nadie sabía lo que era una hoz. Cuando el trigo estaba seco, cortaban las doradas espigas con la mano. Nuestro muchacho se puso delante de ellos a segar el trigo: lo que hizo con tanta facilidad y tan pronto, que todos miraron asombrados. Deseosos de poseer un instrumento que tanto tiempo les economizaba, le propusieron su venta, y por la guadaña les fijó todo el oro que pudiera llevar un caballo. Una vez dueño del dinero, regresó muy contento a su casa.

El hermano menor, animado por el buen éxito logrado por sus hermanos, salió a probar fortuna con su gato. Dirigióse a otra isla próxima a las en donde estuvieron sus afortunados hermanos; allí no habían visto nunca gatos, y había en ella tal número de ratones, que corrían por las mesas, los bancos y las camas. Todos los vecinos de la isla sufrían el azote: el mismo Rey no podía librarse de él, pues por todos los rincones de su palacio se oían correr los ratones, y no se veía libre de ellos nada de cuanto podía alcanzar su diente.

En cuanto llegó el gato limpió dos salones, y luego todo el palacio, y hasta la caballeriza, los habitantes suplicaron al Rey de la isla adquiriese para el Estado un animal tan útil, y preguntaron al joven cuánto quería por el gato. El joven puso por precio un dromedario cargado de oro; se lo dieron sin regatear, y regresó también a su pueblo, más rico todavía que los dos hermanos.

De esta historieta antigua se pueden sacar muchas enseñanzas que forzosamente tienen aplicación en los tiempos modernos. El que menos se piensa, tiene una riqueza en sus manos; éste falta que sepa cómo ha de hacerla producir para que resulte su fortuna.

Fe, Caridad y Amor

Era de ver el entusiasmo que Miguelillo sentía por los *boy-scouts* españoles, de los que formaba parte.

Para él, los domingos, antes aburridos y monótonos, eran ahora días de fiesta mayor, en los que en su casa se movían todos verdaderamente nerviosos, para que fuera, bien dispuesto a la excursión.

Se vestía, se echaba el morral a la espalda, empuñaba el bordón, y después de despedirse marcialmente de sus padres, salía de casa tarareando el alegre himno que con tanto fervor y entusiasmo entonaba con sus compañeros al regresar de los paseos dominicales.

Miguelillo era un Explorador modelo; para el su reglamento era una religión. Sabía que todo Explorador que hiciera una obra buena sería recompensado con el alto honor de estrechar la mano del jefe, y no dormía tranquilo el día que por su mala suerte no podía satisfacer su afán de hombre honrado.

Una mañana entró en casa de sus padres con la cara más alegre que una fiesta andaluza, y al preguntarle el por qué de aquella satisfacción tan grande, contestó:

—Pues mira, padre, porque creo que hoy he hecho una obra buena... quizá la mejor que hice desde que soy Explorador... Volví yo del colegio, a las doce, cuando noté que una chiquilla, que poco más ó menos, tendría mi misma edad, lloraba porque un zangolotino, un chico bastante mayor que yo, quería quitarla una botella de vino que llevaba dentro de una cesta con la comida de su padre.

—Como la chica lloraba—continuó Miguelillo con mayor calor—, yo me acerqué al golfo que la hacía rabiarse y le reprendí todo lo suavemente que pude y supe... ¡pero, sí!, el chico se volvió hacia mí, y después de llamarme mocososo y no sé cuántas cosas más, me dió un cachete...

Yo, entonces—y a Miguelillo, enardecido, le brillaban los vivos y expresivos ojos—, al ver que me pegaban, me encolericé, y no sé cómo ni de qué manera le di un puñetazo en las narices a aquel chico que cayó al suelo como atontado... Se reunió la gente... Me dieron a mí la razón, y un guardia se llevó al golfo a una Comisaría...

¡Figúrate si tengo que estar alegre! Un señor que pasaba me llamó, me dió una palmada en un hombro y me dijo: «¡Bien, hijo mío, eres un valiente!»

Y Miguelillo, lleno de entusiasmo grande y santo, de viejo guerrero y de joven sentimental, lloraba de alegría, mientras su padre, cogiéndole en brazos, le besaba y le decía iguales palabras que las que momentos antes le había dicho aquel señor desconocido.

Han pasado diez años. Es la tarde de un sábado. Un muchachote recio, alto y de sonrosados colores, anda con grandes y acelerado pasos, pues por ser el día del cobro se ha entretenido más que de costumbre con sus compañeros de la carpintería y teme llegar tarde a la salida de las modistas de un obrador en el cual trabaja su novia.

Después de un instante de espera, en una bocacalle ve, con mirada alegre, que una mujer alta, de perfecto y gracioso rostro, se le acerca. Sus miradas se funden en un chispazo esplendoroso, sus manos se enlazan prietamente, y la enamorada pareja echa a andar hablando de su cariño, de sus planes, para lo poverir...

Entre los ideales de él figura el de llegar a poseer un taller de carpintería para su trabajo y otro de costura para su novia, que será su mujer.

—Mira—dice él—, mis hermanos los Exploradores, me ayudarán; me lo han prometido, me darán trabajo, divulgarán mi honradez...

—A mí—responde ella—, me auxiliarán las compañeras del taller; son pocas, pero ¡son tan buenas! —¡Triunfaremos!...

—¡Y seremos muy felices!... Cualquiera que los hubiera visto algunos años antes reconocería en ellos a aquel valiente chiquillo que por defender a una mujer se expuso a que le diegan una paliza, y en ella a la niña delicada que, con paso cansino se dirigía hacia la obra en que su padre trabajaba a llevarle el almuerzo.

Siguen hablando los enamorados de su casa futura, de su felicidad, cuando Miguelillo, que no es otro el carpintero de ahora, se pone serio y sus ojos se humedecen con dos lagrimones, en los que hay un mundo de recuerdos felices.

Un niño de diez o doce años pasa cantando el himno de los Exploradores.

«Siempre adelante, siempre adelante»...

JOSÉ DEL CAMPO CUBILLAS
(De la revista «El Explorador».)

MÁXIMAS

La hipocresía es la llave del infierno.
—La sabiduría y la sobriedad habitan la misma casa.
—Los cumplimientos embarazan los placeres de la vida.

CHISTES

La reciproca.—Un médico conocido recibe de una casa de comercio una caja de puros con la carta siguiente:

—«Nos permitimos mandarle de propia iniciativa estos cigarrillos en la seguridad que han de ser de su agrado.

Incluimos a V. la factura correspondiente.»

El médico contestó: — «Sin saber si ustedes están enfermos, les remito cinco recetas, en la seguridad de que les probarán muy bien.

Acompaño mi liquidación (del mismo importe de su factura) provista del recibí correspondiente.»

En la consulta.—«Y la cabeza, ¿le duele a usted?» pregunta un doctor al paciente en la primera visita que hizo a aquel.

—«Mire usted, doctor: la cabeza me duele y... no me duele.»

—«Bien, ¿Y la garganta?»

—«¿La garganta? Pues no y sí.»

—«Un si no es...»

—«Perfectamente, ¿Y el estómago?»

—«El estómago, lo mismo; me duele y... no me duele.»

—«¡Vaya, vaya!» dice el facultativo. Se sienta a extender una receta y dice:

luego al enfermo: — «Con esta receta mande usted, si quiere, a la botica, para ver si traen una medicina, y luego, usted la toma o no la toma. Y yo, mañana vendré o no vendré.»

Economía.—«Hombre, estando ya bueno desde hace tiempo ¿aun sigue tomando el medicamento?»

—«Pero usted se cree que lo voy a tirar, habiéndome costado tanto dinero?»

Entre amigos.—«Voy notando que desde que te has casado, llevas las botas muy limpias.»

—«Si, mi mujer es un tesoro; desde el día de nuestra boda me enseñó a limpiarlas.»

El muy ocupado.—«¿Cómo es esto! Después de estar casado tres semanas, ¿a pide usted el divorcio!»

—«Sí, señor. Es que antes no tuve tiempo de solicitarlo.»

Anuncio peligroso.—«La persona que pruebe que los específicos que vende esta casa son perjudiciales para la salud, recibirá gratuitamente tres frascos de los mismos.»

Seguro de vida.—«Chico ¿te han dicho ya que nuestro amigo Gustavo falleció hoy a las 5 de la madrugada?»

—«¡Anda, a mí no me pasaría esto, porque a esta hora aun estoy durmiendo!»

¡Una buena lección!—«Ha estado Vd. a las puertas de la muerte. Sólo su constitución robusta le ha salvado.»

—«En este caso, doctor, acuérdesse usted de ello al enviar la cuenta.»

Buen caldo.—«Mozo que clase de líquido es esto?—«Es caldo, señor capitán.»—«¡Caramba! Entonces, he navegado durante trece años en puro caldo!»

El medicamento somnífero.—«Su pongo, doña Eulogia, que daré usted la medicina somnifera a su marido, todas las noches a las nueve en punto?»

—«Ya lo creo, doctor, sígo sus instrucciones al pie de la letra, pero no sabe usted el trabajo que me cuesta despertarle, pues a esa hora ya suele dormir como un lirón.»

—«¿Cuántos años tiene esta vaca?»

—«Dos años.»

—«¿Cómo se puede distinguir esto?»

—«Viendo los cuernos.»

—«Ah, sí, ¡qué bobo soy! ¡Naturalmente! Tiene dos cuernos el animal!»

—«¿Cómo se puede distinguir esto?»

—«Viendo los cuernos.»

Rep. de M. Sintes Rotger. — Mahón